

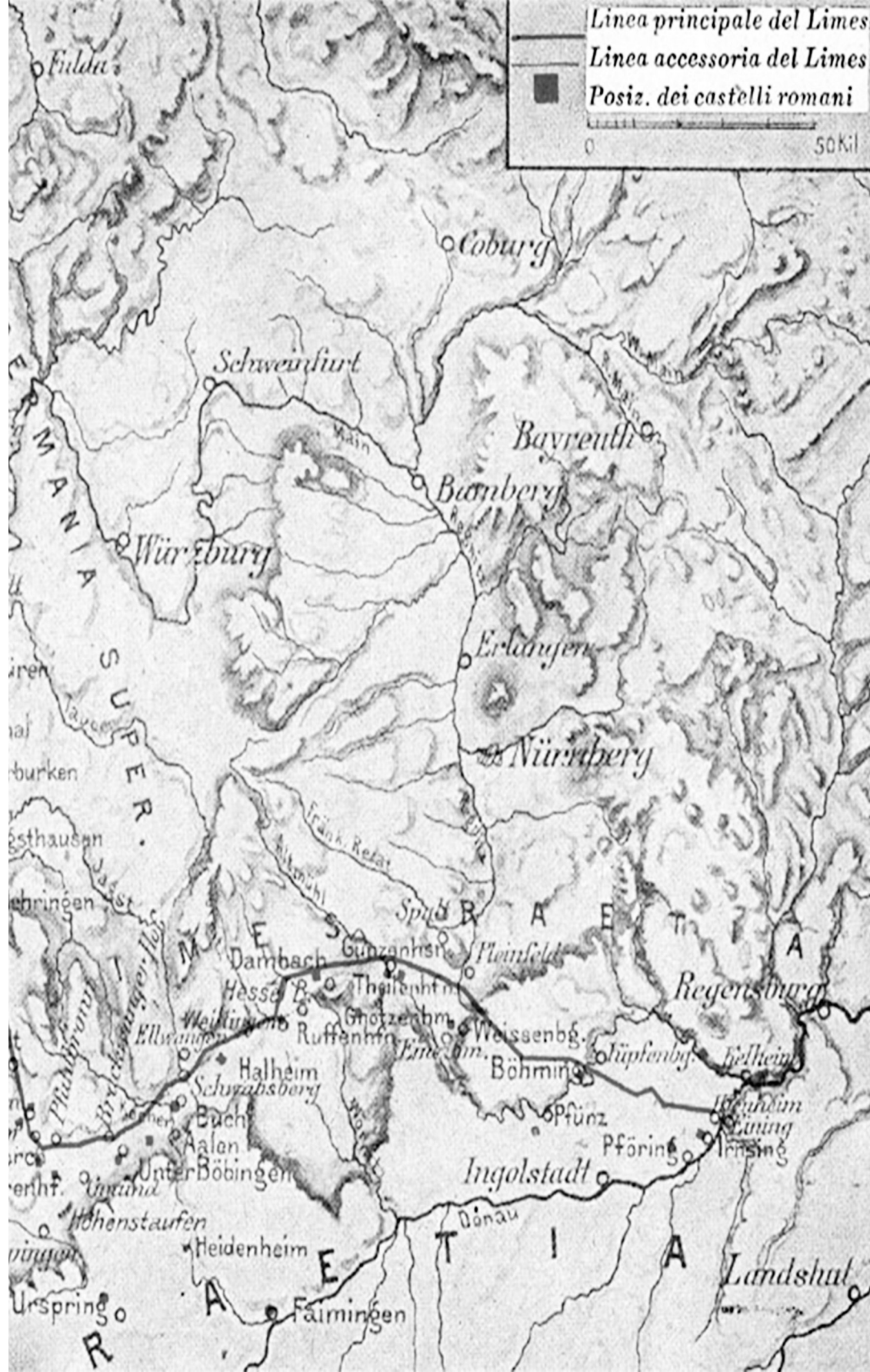
Linea principale del Limes

Linea accessoria del Limes

Posiz. dei castelli romani

0

50 Kil





FRUMENTARIUS  
EL TIEMPO DE  
LOS EMPERADORES SOLDADO



Juan Manuel Sánchez Valderrama

FRUMENTARIUS  
EL TIEMPO DE  
LOS EMPERADORES SOLDADO

ÁLTERA

---

EDICIONES

Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Manuel Sánchez Valderrama

ISBN: 978-84-121486-4-0

ISBN digital: 978-84-121486-5-7

Depósito legal: M-27568-2020

Ediciones Áltera

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España







# ÍNDICE

CAPÍTULO I .....	11
CAPÍTULO II.....	17
CAPÍTULO III .....	23
CAPÍTULO IV .....	31
CAPÍTULO V .....	43
CAPÍTULO VI .....	51
CAPÍTULO VII.....	67
CAPÍTULO VIII.....	85
CAPÍTULO IX.....	105
CAPÍTULO X.....	111
CAPÍTULO XI .....	125
CAPÍTULO XII.....	133
CAPÍTULO XIII.....	143
CAPÍTULO XIV .....	161
CAPÍTULO XV.....	173
CAPÍTULO XVI.....	181
CAPÍTULO XVII .....	197
CAPÍTULO XVIII.....	209
CAPÍTULO XIX.....	227
CAPÍTULO XX.....	243
CAPÍTULO XXI.....	257
CAPÍTULO XXII .....	263
CAPÍTULO XXIII.....	277
CAPÍTULO XXIV .....	299
CAPÍTULO XXV .....	307

CAPÍTULO XXVI.....	319
CAPÍTULO XXVII.....	325
CAPÍTULO XXVIII.....	337
CAPÍTULO XXIX.....	349
CAPÍTULO XXX.....	369
CAPÍTULO XXXI.....	379
CAPÍTULO XXXII.....	389
CAPÍTULO XXXIII.....	395
CAPÍTULO XXXIV.....	403
CAPÍTULO XXXV.....	415
CAPÍTULO XXXVI.....	421
NOTA DEL AUTOR.....	425

# CAPÍTULO I

*Ante diem VI kalendas october, annus CCXXXIV*  
(26 de septiembre del año 234)

El sol de la tibia mañana de septiembre lo inundaba ya todo cuando Aulio, desperezándose lentamente, salió al exterior. Se sentía descansado, relajado, pero sobre todo contento. Hoy era el día en que, por fin, podía abandonar aquel recinto cuartelario para dirigirse a Roma. Llevaba diez años sin aparecer por la capital del imperio. Ahora, que había concluido su trabajo, tenía la oportunidad de regresar.

Diez largos años de un lado para otro habían dado para mucho, entre otras cosas para que los treinta años con que salió se convirtieran en cuarenta.

Era un buen momento para abandonar.

Como soldado se debía al servicio, ingresó con veinte años y su compromiso era cumplir veinticinco. Llevaba veinte y eran más que suficientes. Había hecho y visto demasiadas cosas en ese tiempo y no estaba especialmente orgulloso de la mayoría de ellas. Era su trabajo.

Apenas ingresado, no llevaba un año, fue reclutado para misiones de abastecimiento y control, así como de nexo entre la legión a la que pertenecía y el Prefecto del Pretorio<sup>1</sup>. Pasó a ser *miles principalis* y por tanto *duplicarius*<sup>2</sup>. Pero poco a poco, casi sin darse cuenta,

1 Mando superior con base en Roma tanto de la Guardia Pretoriana, como de los frumentarius.

2 *Miles principalis* era una categoría dentro del ejército que conllevaba doble sueldo, de ahí *duplicarius*, respecto a un soldado sin rango.

sus funciones se habían transformado hasta convertirse en lo que ahora era: un informador.

Detestado por muchos, odiado y temido a partes iguales, su trabajo ya no le satisfacía.

Regresaría a la ciudad, hablaría con sus superiores y abandonaría para siempre aquella vida solitaria y vagabunda que le había arrastrado a los lugares más remotos del imperio.

Deseaba una familia, un lugar en el que asentarse, algo que lo sacara de la profunda soledad en la que se hallaba inmerso.

Lo lograría o no, pero no cejaría en su empeño.

El campamento en el que se encontraba estaba en plena actividad. Con paso decidido se dirigió hasta el *praetorium*<sup>3</sup>, quería despedirse de aquel insulso comandante de guarnición, un anodino *tribuno laticlavus*<sup>4</sup> que le había causado no pocos problemas con su falta de decisión. Aun así dejaba resuelta la cuestión que le había traído hasta aquel olvidado lugar de la Galia.

Como siempre le había ocurrido, las miradas huidizas de los que se cruzaban con él le dejaban bien a las claras los sentimientos que albergaban. Ya no le importaba. Hubo un tiempo en el que trató de comprenderlos y hacer que lo entendieran. Pero de eso hacía mucho.

Ahora solo le preocupaba su propio bienestar y apenas reparaba en las miradas ajenas. En cualquier caso, no le afectaban.

El *tribuno* lo recibió con rapidez y cortesía, de alguna forma también le temía, a pesar de que era su superior. Nadie se podía confiar en su presencia.

Después de una breve despedida, en la que parecía que su interlocutor suspiraba aliviado, salió de nuevo para dirigirse a su carro de cuatro ruedas, que dos esclavos de su propiedad guiaban a través de los caminos imperiales.

Tuvo que volver sobre sus pasos a requerimiento del oficial que servía como ayudante del *tribuno*. Solicito le entregó dos rollos

---

3 En el campamento romano, residencia de su mando superior.

4 Joven patricio que ejercía como segundo jefe de una legión romana.

que habían llegado de madrugada. Los tomó y con un gesto se despidió.

El carro era su morada cuando viajaban o cuando la *mansio*<sup>5</sup> era inadecuada para pernoctar. Tiraban de él dos caballos manejados por sus dos esclavos. El interior, totalmente cerrado, contaba con un catre y una mesa que utilizaba para redactar sus informes, siempre que el constante traqueteo se lo permitiera.

Subió a la vez que daba la orden de iniciar la marcha. «Camino a Roma», pensó alegre. En treinta días cubrirían la distancia que los separaba de la gran ciudad.

Se arrellanó cómodamente dispuesto a leer las misivas recién llegadas, tras abrir los portillos laterales por los que entraba luz y aire fresco.

Del Prefecto del Pretorio

Para Aulio Manilo. *Frumentarius*<sup>6</sup> de la *legio* XII

Orden de desplazamiento:

Ante las necesidades del servicio, te comunico que deberás acudir a Mogontiacum, a la mayor brevedad posible y contactar directamente con el *dux*<sup>7</sup> de la ciudad a quien entregarás el documento que se acompaña. Él te indicará las actuaciones que habrás de llevar a cabo.

Queda asimismo anulada la orden de regreso a Roma.

Dado en Roma en los idus de *augustus*, año 234.

Releyó el documento hasta cerciorarse de su contenido. Frío y oficial, como de costumbre, acababa de cortar de cuajo todas sus ilusiones. Una indignación creciente le subió desde el estómago hasta la garganta.

---

5 Parada oficial en las calzadas romanas. Servía para pernoctar a los viajeros y de cambio de postas para el correo imperial.

6 Vid infra: Nota del autor.

7 Rango militar o civil dentro de la jerarquía romana. En este caso se trata del gobernador de la zona.

«Malditos sean», murmuró en voz baja. De nuevo le arrebatában su futuro. Y además, lo enviaban al otro extremo del imperio.

*Mogontiacum* se situaba en la Germania Superior, sobre el mismo *limes*<sup>8</sup> que constituía el río Rhenus en su confluencia con el Moenus.

Aquello no podía estar ocurriendo. Por un momento pensó en arrojar por el ventanuco aquella misiva y olvidar su contenido, siguiendo su camino como si nunca la hubiera recibido.

Veinte años de servicio imperial marcaban demasiado, no podía desobedecer una orden directa y lo sabía.

Su mirada se perdió en el infinito y allí naufragaron sus pensamientos. Debía comenzar de nuevo, recomponerse y hacer lo que mejor sabía: cumplir con su deber.

Pero los años pesan y esta vida ya no le satisfacía en absoluto. Su mundo se limitaba a los horizontes marcados por sus superiores. Y ahora que creía haber llegado al punto en el que podría tomar sus propias decisiones, una vez más era enviado a una nueva misión.

Tomó aire y dio unos golpes en el techo. Era la señal convenida para que su transporte se detuviera.

Uno de sus esclavos asomó la cabeza por el portón trasero.

—Cambiamos de destino. Ahora nos dirigimos a Mogontianum, en la Germania Superior.

—Sí, *domine* —fue la lacónica respuesta.

De nuevo en marcha se reclinó, dejándose llevar por una profunda melancolía.

«Nunca regresaré a Roma», pensó convencido. Cuando acabara lo que tuviera que hacer en Germania, otro destino le estaría esperando. Y después otro y otro, hasta que su vida acabara en cualquier camino olvidado, en cualquier campamento lejano.

Se recordó a sí mismo risueño, alegre y confiado, orgulloso de ser elegido entre los recién llegados para una alta misión, más allá de lo que representaba un legionario y además con mejor remuneración.

Una sonrisa triste asomó a sus labios, ¡qué ingenuo!

---

8 Frontera.

Quiso entregarse con desnudo y tesón a la tarea encomendada. Pronto ascendería y llegaría lejos en la carrera militar.

¿Cuántos errores puede un hombre acumular en veinte años? Muchos.

Ahora lo veía claro. Demasiado tarde.

Se acurrucó para, lentamente, caer dormido al irregular ritmo de la marcha de su transporte.

Habían partido de Augustonemetum, de allí se dirigieron a Colonia Lugdunum, desde donde alcanzaron Andematunum, Tullum, Divodorum y Colonia Augusta Treverorum, la siguiente ciudad de importancia era su destino.

Casi 700 millas<sup>9</sup> recorridas en veintiún inacabables días, con largas jornadas que se iniciaban al amanecer y en ocasiones finalizaban más allá del anochecer.

Durmiendo sin sueño en cada *mansio*, comiendo sin hambre. Su mente no paró de vagabundear errabunda, de constante mal humor, su carácter se agriaba conforme el ambiente se enfriaba.

Antes de entrar a la ciudad por la puerta meridional, se detuvieron para que pudiera cambiarse, adoptando la indumentaria propia de un militar de su rango. Cuando estuvo listo se dirigieron hasta el lugar en el que residía y tenía su *officium* el *dux*.

Su olfato le decía que aquella entrevista no podía traerle más que problemas. Habitualmente la misión encomendada le aparecía reflejada en el mismo documento en el que se le indicaba el destino. Y este no era el caso, sino que por el contrario, debía recibir instrucciones del más alto mando de la zona. Todo aquello no auguraba nada bueno, lo sabía por experiencia.

Tomó el segundo rollo y, con paso firme, accedió al edificio.

El fresco del invierno que se avecinaba ya era evidente, *october* era dueño y señor de aquellas tierras en las que el verano apenas calentaba y el invierno se mostraba con una contundencia ajena a sus costumbres.

---

9 Una milla romana equivale a 1.481 m.

Pronto despejaría las dudas que le atormentaban. Y cuanto antes comenzara su tarea, fuera cual fuese, antes la concluiría y se largaría. Aunque ya no confiaba en que su próximo destino fuera el tan anhelado regreso a la capital imperial.



## CAPÍTULO II

*Postridie idus october annus CCXXXIV*  
(16 de octubre año 234)

Entregó el documento al secretario del *dux* y aguardó paciente. No fue demasiado, rápidamente lo hicieron pasar a presencia del máximo dignatario.

Bajito, gordo, calvo y barrigón, la toga que lucía le venía grande y sus manos menudas y nerviosas, se alisaban la inexistente cabellera.

—Pasa y siéntate —le indicó nada más entrar.

—A tus órdenes, *dux* —musitó Aulio envarado.

—Sí, sí, siéntate. ¿Has leído la misiva que traes? —no se entretuvo en presentaciones.

La pregunta no tenía mucho sentido, los sellos estaban intactos. Aun así contestó.

—No, desconozco su contenido.

—Hazlo ahora entonces, para que puedas situarte —contestó alargando el rollo.

Aulio se concentró en la lectura del documento:

Del Prefecto del Pretorio

Para *dux* Mogontiacum

Querido Celio, estoy profundamente preocupado por lo que está aconteciendo en la *legio* XXII, tu última misiva no deja lugar a dudas. La próxima campaña de nuestro amado

Príncipe, Alejandro Severo, partirá de tu ciudad con el fin de dar un escarmiento a los bárbaros de más allá del *limes*. De hecho, ya se ha hecho cargo del ejército estacionado en esa zona Cayo Julio Vero Maximino. No obstante, lo extraño de los sucesos que me relatas en tu último mensaje, me inquietan.

La seguridad de Alejandro Severo, de su madre y de toda su comitiva debe estar por encima de todo. Por desgracia no hemos podido convencerle para que desista, dejándolo en manos de Maximino. Así que el deber tiene que estar por encima de nuestras preferencias.

El portador de esta carta es un hombre de probada y sobrada experiencia en asuntos de este jaez. Puedes confiar en su discrecionalidad y buen hacer.

Nadie mejor que tú sabe manejar este tipo de situaciones, así que lo confío a tu intachable criterio.

Recuerda que tenemos un plazo concreto para que todo esté en orden: *Kalendas de martius*.

Espero tener buenas noticias tuyas pronto.

Roma en los idus de *augustus*, año 234.

Aulio levantó la cabeza, interrogando con la mirada al *dux*.

—No sabes de lo que habla, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Te pondré al tanto, pero antes quería que tú mismo leyeras la misiva para que te des cuenta de la importancia de lo que ahora pasaré a explicarte.

—Entiendo. La estancia del nuestro emperador no puede sufrir contratiempos.

—Sí, eso es importante, nuestro futuro depende de ello, pero lo que vienes a hacer tiene un aspecto muy concreto.

—Te escucho.

Aulio estaba cada vez más preocupado. Una incursión imperial al mismo *limes* no era cuestión baladí, pero parecía que había algo

más. Sin interrumpir, se concentró en la disertación de su interlocutor que, caminando con las manos en la espalda, dando vueltas por el amplio *cubiculum*, lo obligaba a seguirlo con la mirada.

—Como has podido leer, hay previsto un ataque que partirá del cuartel en el que se acantona la *legio* XXII. Se trata de una de las legiones más combativas y experimentadas del imperio, situada en un lugar altamente conflictivo: las tribus de *alamanes* y *catos*, empujadas por los *vándalos*, presionan sobre el *limes* hasta que, cada cierto periodo de tiempo, atacan rompiendo las líneas, tratando de penetrar en nuestro territorio. A eso es a lo que han de hacer frente los hombres de la *legio* XXII. En un proceso que no acaba nunca. Se les derrota, pero sabiendo que volverán a intentarlo antes o después. Es una dura y descorazonadora misión que vienen realizando desde hace más de cien años —Celio se interrumpió y detuvo sus pasos para mirar por la amplia ventana que presidía aquel espacio, parecía estar eligiendo las palabras—. Si ya de por sí resulta todo bastante complicado, han venido en los últimos meses a producirse una serie de acontecimientos que nos traen a todos desquiciados. De ahí que se haya requerido la presencia de alguien de tus cualidades. He pedido al mejor, y te han enviado a ti, así que supongo que así será —Aulio estaba dispuesto a responder, pero un gesto con la mano del *dux* lo detuvo con la boca ya abierta—. No te molestes en responder, seguiré con mi relato. Verás, hace cosa de unos seis meses o así, apareció muerto un *centurión* en el interior del campamento. Asesinado, a juzgar por los signos que presentaba: le habían rebanado el cuello. Ya sabemos que en un lugar en el que conviven tantos hombres, las rencillas y rencores deben estar a la orden del día, sin embargo, no acabó aquí la cosa, poco después un nuevo asesinato, esta vez un *miles*, y así hasta seis que llevamos. El último hace alrededor de un mes. Es una sangría intolerable, no podemos permitir que el asunto continúe.

El *dux*, que había estado hablando con la mirada perdida más allá de la ventana que los separaba del exterior, giró sobre sus talones y se sentó frente a Aulio.

—Ahora entiendo la situación, si no viniera nuestro emperador, trataríais de resolverlo en el seno de la legión, pero su cercana llegada te hace temer que esto continúe durante los próximos meses y, llegado el momento, siga sin ser atrapado el asesino o los asesinos.

—Lamentablemente así está la cosa —murmuró Celio lastimero.

—Y la solución es que alguien lo investigue, alguien del Prefecto del Pretorio —concluyó Aulio.

—Eso es, se supone que tenéis experiencia en estos asuntos, así que visto que el problema no paraba de crecer, me puse en contacto con tu superior y, tras explicarle en una extensa carta lo sucedido, le solicité ayuda. Aunque si no recuerdo mal le hablaba de cuatro entonces, ahora son seis los muertos. Tú eres su respuesta.

—Trataré de serte lo más útil posible, pero no puedo garantizarte nada.

—Antes de que el año finalice, este asunto debe quedar resuelto. No quiero garantías, quiero resultados. Y discreción —el *dux* se mostró inflexible.

—Quieres que, en tres meses, averigüe lo que ocurre, ¿no es eso?

—Eso es exactamente lo que necesito.

—Entiendo. Y por lo que se refiere a la discreción, con la mía puedes contar, pero supongo que será la comidilla del *castrum*<sup>10</sup> —opuso Aulio.

—La gente está atando cabos, para qué negarlo. Pero todo debe quedar en el más absoluto secreto. Me refiero a que, cuando consigas saber qué está pasando, no actuarás. Te limitarás a informar y desaparecer, nosotros lo resolveremos de la manera más discreta posible.

—¿Puedo preguntarte qué crees tú que está ocurriendo?

—Puedes, pero no tengo ni idea. No sé si se trata de ajustes de cuentas, diferencias entre los hombres de la legión, o cualquier otra causa. Y conste que lo he preguntado, el *legatus*<sup>11</sup> está tan perdido como el resto de nosotros. No sabemos a qué atenernos.

---

10 Acuartelamiento de las legiones.

11 *Legatus legionis*: mando superior en una legión romana.

—¿Deseas que mi cometido sea conocido o prefieres que actúe bajo otra cobertura?

—No lo sé. Oriéntame tú al respecto —respondió el *dux*.

Aulio se rascó el mentón pensativo. No tenía demasiada información, lo que le transmitía el *dux* no era más que un resumen escueto y poco detallado de lo que estaba sucediendo. Siempre resultaba más difícil actuar bajo otra identidad.

—En lo que a mí respecta, prefiero actuar como lo que soy. Es mucho más simple y directo, y, por lo tanto, más rápido y efectivo.

—Pues no se hable más, quiero dejar este asunto en tus manos. Serás el único responsable y contarás con mi respaldo. Siempre que te atengas a lo hablado, claro está —Celio únicamente quería soluciones, nada de problemas.

—Si las cosas se tuercen, supongo que no me conocerás —constató Aulio.

—Algo así. Al fin y al cabo estás muy lejos de la base de tu legión de origen, ¿cierto?

—Muy cierto. Aunque dado mi trabajo, es lo habitual.

—Habitual o no, estás fuera de tu base —insistió como si eso le sirviera de justificación—. Así que si no tienes más preguntas, debes comenzar cuanto antes con tu trabajo —concluyó el *dux*, expedito.

—¿No crees que debería contar con algún tipo de documento que me avalara ante el *legatus*?

—No hace falta, está avisado de tu próxima llegada. Tiene instrucciones claras y concretas al respecto. No tienes de qué preocuparte.

Aulio miró a su interlocutor con interés. El apoyo que hacía unos momentos le brindaba no era más que una forma de expresarse. Llegado el momento se desentendería de todo el asunto. Nunca debe subestimarse la astucia de este tipo de individuos. Si alcanzaban la dignidad con la que se revestían, no era por casualidad.

—Entiendo, el asunto puede ser espinoso y llevarse a más de uno por delante. No quieres ser de los que arrastre esa corriente —Aulio verbalizó sus pensamientos sin tapujos.

—Veo que eres tan perspicaz como suspicaz. No voy a negarte que poner en riesgo mi posición por un asunto de esta naturaleza, sencillamente no entra en mis planes. Tengo muchas más cuestiones que resolver, pero esta es particularmente comprometida. La estancia de Alejandro Severo debe saldarse con un rotundo éxito. Sin sombras.

—Está bien —Aulio se levantó de su cómodo asiento—, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte, solo espero que tú hagas lo propio.

—Lo que tenía que hacer, ponerte en antecedentes y proporcionarte los medios, ya lo he hecho. A partir de aquí es cosa tuya.

—Deseas algún tipo de informe de lo que vaya aconteciendo.

—No —respondió rápido y taxativo el *dux*—. Únicamente quiero verte cuando vengas a decirme que tu misión ha concluido con éxito.

—Muy bien, será como deseas —Aulio trató de controlar sus músculos, estaba tenso y sumamente contrariado.

Abandonó aquel espacio con la sensación de que iba a entrar en una trampa. Su olfato no le había traicionado. Al menor desliz sería pasto de los lobos con los que iba a entrar en contacto. Solo y aislado, no tendría más recursos que su inventiva y su propia capacidad de supervivencia. Definitivamente el asunto no le gustaba nada en absoluto y no había modo de zafarse de él.

Maldijo en silencio su suerte a la vez que subía al carro que lo llevaría hasta la base de *legio XXII Primiginea*. Sonrió con tristeza, el sobrenombre de la legión aludía a *Fortuna Primiginea*, era la afortunada.